

La FUNDACIÓN MAPFRE desarrolla actividades de interés general en distintos ámbitos profesionales y culturales, así como acciones destinadas a la mejora de las condiciones económicas y sociales de las personas y sectores más desfavorecidos. En este marco, el Instituto de Cultura –heredero de las antiguas Fundación Cultural MAPFRE VIDA y Fundación MAPFRE TAVERA– promueve actividades relacionadas con las diversas manifestaciones de la cultura moderna y contemporánea (bellas artes, historia, literatura, pensamiento, etc.) en España y América Latina.

Publicaciones del programa

Iberoamérica: 200 años de convivencia independiente; 23

PRISMA HISTÓRICO

Viejos Documentos, Nuevas Lecturas

Coordinación general

Luis Miguel García Mora

Consejo editorial

Anunciada Colón de Carvajal Gorosábel

Ignacio González Casasnovas

Daniel Restrepo Manrique

Pedro M. Sánchez Moreno

UNA HISTORIA DE LA INDEPENDENCIA DEL PERÚ

El diario político del comisionado de paz
Manuel de Abreu

Introducción y selección documental
John Fisher



Una historia de la independencia del Perú. El diario político del comisionado de paz
Manuel de Abreu

Imagen de cubierta: *Los tres niños de Ollantaytambo*, Anónimo. Colección particular,
Cuzco, Perú.

Fundación MAPFRE
Paseo de Recoletos, 23
28004 Madrid
www.fundacionmapfre.com

EDICIONES DOCE CALLES, S.L.
Apdo. 270. 28300 Aranjuez (España)
Tel. + 34 902 197 501
email: docecalles@docecalles.com
www.docecalles.com

© De la introducción, transcripción y notas, John Fisher
© 2009, Fundación MAPFRE y EDICIONES DOCE CALLES, S.L.

ISBN: 978-84-9844-182-6 (Fundación MAPFRE)
ISBN: 978-84-9744-089-9 (Ediciones DOCE CALLES, S.L.)

Depósito Legal:

Composición: Távara, s.l.
Fotomecánica: Távara, s.l.
Impresión: Gráficas Muriel, s.a.
Encuadernación: Ramos, s.a.

Índice

Introducción: Manuel de Abreu y la independencia del Perú	11
El contexto historiográfico	15
El contexto histórico	19
Reacciones realistas a la llegada de San Martín	30
La llegada de Abreu y las negociaciones de 1821	36
Epílogo	41
Documentos	
I <i>Diario Político</i> del capitán de fragata don Manuel Abreu, como comisionado pacificador por S. M. C. de los reinos del Perú y Chile, principia el 21 de enero en Puerto-Velo de donde di parte al Gobierno de la separación de mi compañero don José de Arias, brigadier de la Armada Nacional	51
II Parte relacionado a S. M. de las ocurrencias en la negociación con los disidentes en Lima, incluyendo copias autorizadas de todos los documentos que han obrado en ella, y que en él se citan	115
III Exposición breve y sencilla de lo acaecido a la Comisión Pacificadora por S. M. destinada al Perú y Chile desde que regresó de Portovelo por enfermedad uno de los comisionados, el brigadier de la Armada don José Rodríguez de Arias	139
IV Manuel Abreu al excelentísimo Sr. ministro de Ultramar	149
Bibliografía	157

Introducción

JOHN FISHER

Manuel de Abreu y la independencia del Perú

El propósito principal de este trabajo es contribuir a un mejor entendimiento de las circunstancias políticas (y, en cierto modo, sociales) del virreinato del Perú durante el año crítico de 1821 (según la historiografía oficial, el año en que la nueva república consiguió su independencia del dominio español) a la luz del *Diario Político* del comisionado de paz, capitán de fragata, Manuel de Abreu, enviado a la Corona española el 18 de junio de 1822, dos días después de su llegada a Tarifa, su pueblo natal. El citado escrito (documento I) es un auténtico diario: la parte más detallada e interesante transcurre a partir del 16 de marzo de 1821, cuando Abreu llegó a Samanco (desde Portobelo), en el norte del antiguo virreinato, entonces en manos de los «disidentes», y finaliza el 3 de diciembre del mismo año, cuando salió del Callao para Valparaíso, en la primera etapa de un largo y complicado regreso a España, vía Río de Janeiro. Así, cubre los nueve meses de la lucha política y, eventualmente, militar, entre los partidarios del «protector» José de San Martín y los del último virrey de Perú, José de La Serna, ya fuera para alcanzar el favor de la elite criolla limeña partidaria o bien de la independencia o bien de la causa realista. Según la interpretación tradicional, San Martín ganó esta lucha, obligando a La Serna a abandonar la capital del virreinato a principios de julio (aunque no, así, la fortaleza del Callao, que permaneció en manos de los realistas hasta septiembre), permitiendo de este modo la entrada pacífica de los patriotas a Lima, donde San Martín declaró la independencia el 28 de ese mismo mes. Una interpretación alternativa es que La Serna (que mantenía el control militar de la mayor parte del centro y sur del virreinato;

además del Alto Perú, llamado Bolivia en 1825, hasta su capitulación, inmediatamente después de su derrota, por las fuerzas encabezadas por José Antonio de Sucre en la batalla decisiva de Ayacucho, el 9 de diciembre de 1824) actuó de una manera muy inteligente cuando decidió trasladar su base de operaciones al interior, primero a Huancayo y eventualmente a Cuzco. Esta introducción intenta ofrecer un análisis sucinto de este y otros aspectos de las estrategias realistas (a veces contradictorias, como se ve muy claramente en las observaciones de Abreu acerca de las actitudes del virrey hacia sus intentos de negociar una paz con San Martín) durante este periodo, cuando la mayoría de los criollos peruanos estaba todavía dispuesta a apoyar la causa de la Corona.

El documento II, escrito en Lima (donde Abreu permaneció bajo la protección de San Martín desde julio, manteniendo así contacto con el virrey sólo por escrito) en noviembre de 1821, indica claramente la frustración del comisionado por no haber podido concluir un armisticio permanente, debido, según su interpretación, a la intransigencia de La Serna.

El documento III, firmado en Lisboa el 15 de marzo de 1822, confirma este análisis. Su autor, Pedro Fernando Tavira, había sido nombrado por La Serna como segundo comisionado de paz, reemplazando al brigadier José María de Arias, quien había acompañado a Abreu en 1820 desde Cádiz hasta Cartagena de Indias, donde abandonó su comisión por enfermedad. Tavira, expulsado de Lima junto con muchos otros peninsulares por Bernardo de Monteagudo, ministro de Guerra de San Martín, en septiembre de 1821, eventualmente había salido de Chancay en noviembre, viajando a Lisboa por vía del istmo de Panamá, una ruta más directa que la tomada por Abreu.

El documento IV, firmado por Abreu en Tarifa el 18 de junio de 1822, repite muchos de los detalles del *Diario Político* y usa mucho de su vocabulario, aunque de una manera más abreviada, y tal vez más coherente, que el documento I.

Para ubicar todos estos documentos, y los hechos que en ellos se describen, en su contexto pasamos, en primer lugar, a exponer un breve estado de la cuestión historiográfica acerca de la independencia peruana; en segundo lugar, a relatar los sucesos acaecidos durante la década de 1810-

1820; en tercer lugar, a elaborar un análisis de las reacciones realistas tras la llegada del ejército de San Martín a la costa de Perú, en septiembre de 1820; y, para terminar, haremos un balance acerca de las actividades de Abreu en Perú.

EL CONTEXTO HISTORIOGRÁFICO

No importa la distancia y objetividad que intente guardar un historiador a la hora de evaluar los factores que intervinieron en el final del dominio hispano en Perú en 1824; sigue siendo difícil presentar un análisis de este proceso sin comentar los cambios en la ideología, la conciencia popular y la articulación de la identidad nacional, no sólo en la nueva república sino también en el Perú contemporáneo. A riesgo de simplificar demasiado estas cuestiones, es legítimo sugerir que el historiador se enfrenta desde el principio con dos interpretaciones diferentes sobre la manera (y tal vez el momento, ¿1821 o 1824?) en que el Perú alcanzó la independencia¹.

La primera interpretación es aquella que caracteriza al periodo colonial tardío en términos de conservadurismo, letargo y estancamiento económico, y que deja a un lado la rebelión de Tupac-Amaru y otras manifestaciones de descontento anteriores a 1810, caracterizándolas como movimientos incoherentes de protesta rural que, lejos de unir a los peruanos de todas las razas y regiones en la búsqueda de la independencia nacional, tuvieron el efecto contrario de alienar a la minoría criolla del virreinato, asustándola y haciendo que respaldase la preservación del dominio hispano. Por ejemplo, el iconoclasta estudio del proceso de la independencia publicado en 1972 –inmediatamente después de la celebración de su supuesto sesquicentenario– por Heraclio Bonilla y Karen Spalding concluye que «toda coalición de los criollos... con los grupos más bajos de la sociedad colonial fue tentativa y efímera», pese a ser consciente de la necesidad de distinguir entre, por un lado, los intereses y las actitudes de la elite de la capital virreinal, de orientación realista; y, por otro lado, los de las elites provinciales, sobre todo las de Cuzco y Arequipa,

cuya motivación parece haber sido emanciparse de Lima antes que de Madrid².

La interpretación alternativa, que se hizo más popular en Perú durante el último tercio del siglo XX, identifica a José Gabriel Condorcanqui, mejor conocido como Tupac-Amaru, líder principal de la gran rebelión indígena que se inició en el sur de Perú en noviembre de 1780, como el primero de los grandes precursores de la independencia suramericana, y describe los cuarenta años que siguieron a su ejecución (en mayo de 1781) en términos tales como «casi medio siglo de incesante lucha por la libertad política», un proceso que alcanzó su conclusión natural y gloriosa con la entrada de San Martín en Lima en 1821³.

Lo que no se discute es que, pese a algunas conspiraciones sucedidas en Lima entre 1810 y 1814, y algunos movimientos armados en el pueblo sureño de Tacna, entre 1811 y 1813 hasta la llegada de San Martín, los fenómenos afines de la insurgencia y el protonacionalismo se manifestaron principalmente en la sierra «india», simbólicamente representada por la ciudad de Cuzco, antes que en la aristocrática Lima criolla.

A pesar de cierta tendencia a exaltar al pasado inca peruano, los líderes de la elite costeña del virreinato y, en menor medida, los criollos del interior vieron con recelo la rebelión de Tupac-Amaru de 1780-1783. Tres décadas después, la mayoría respaldó activamente la represión de la rebelión de Cuzco de 1814-1815 más por lo que ésta y su predecesora parecían simbolizar (débilmente en el caso de Tupac-Amaru pero claramente en el segundo): la posibilidad de un Perú independiente controlado desde el interior indio.

Del mismo modo, como Cecilia Méndez ha demostrado, entre 1836 y 1839 la aristocracia limeña combatiría a la Confederación Perú-Bolivia con la pluma y la espada por iguales razones, usando una retórica abiertamente racista para minar la legitimidad de Andrés de Santa Cruz, su presidente, quien sería condenado por ser no sólo un invasor boliviano, sino también un indio advenedizo⁴.

En las manifestaciones formales de la ideología nacionalista, lo que Cecilia Méndez describe coma la «historiografía oficial», la identidad del Perú republicano ha estado asociada, desde 1821, con la declaración de la

independencia en Lima, por parte de San Martín, el 28 de julio de dicho año, y la sentida necesidad de celebrar ese acontecimiento como el momento crucial de las fiestas patrias peruanas⁵.

En cambio, la batalla de Ayacucho del 9 de diciembre de 1824, después de la cual el numéricamente superior ejército realista se rindió a Sucre, es considerada más como una operación de limpieza, que como el momento decisivo en el establecimiento de la independencia peruana con respecto a España. Por supuesto que esta tendencia a ver la identidad peruana a través de los ojos miopes de la elite metropolitana, que a lo largo del siglo XIX miraba hacia Europa y los Estados Unidos en lugar de hacia el interior del país, se intensificó desde mediados del siglo XIX a medida que el crecimiento económico provocado por las exportaciones brindaba la legitimación material de una antipatía cultural profundamente enraizada para con la cada vez más marginada sierra sur y sus pobladores, que en su mayoría quedaron excluidos de toda participación formal en la vida política debido a su analfabetismo⁶.

En el mundo hispano, la celebración de los aniversarios históricos trae consigo cierto grado de revisionismo historiográfico. En Perú, el deseo de conmemorar el advenimiento del primer centenario de la independencia de España contribuyó un poco a este proceso, con la publicación de varios estudios sobre las actividades prerrevolucionarias fuera de Lima, principalmente en Huánuco, Huamanga y Cuzco⁷. De esta manera se complementaban los intentos hechos a comienzos del siglo XX por varios autores prominentes de la escuela cuzqueña de revivir el indigenismo promovido en el periodo inmediatamente posterior a la independencia por escritores cuzqueños como Narciso Aréstegui, Pío Benigno Mesa y Clorinda Matto de Turner, y posteriormente a nivel nacional por Manuel González Prada⁸.

A pesar de sus actividades y de los esfuerzos paralelos realizados por José Carlos Mariátegui en los años veinte para promover el debate acerca de la realidad nacional, en oposición a una preocupación puramente metropolitana, el control oligárquico de la vida política (y por lo tanto, una visión oligárquica del desarrollo histórico peruano) permaneció, en general, intacto durante el segundo cuarto del siglo XX, aunque se hicieran

ciertas concesiones ocasionales que permitieran la entrada de disidentes potenciales a las estructuras del poder político.

El colapso de la política oligárquica en el tercer cuarto del siglo XX desplazó el eje historiográfico de la preocupación tradicional con la metrópoli y sus grupos de elite a una conciencia mucho mayor de la necesidad de examinar la historia del interior peruano, en general, y la historia de la población india y rural, en particular. Hasta cierto punto, esta tendencia fue impuesta desde arriba, en especial durante la fase más radical (1968-1975) del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas, cuando la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia buscaba promover una reinterpretación de la historia colonial peruana tardía que armonizase con el nuevo énfasis que los militares daban a la justicia social, la armonía racial y el nacionalismo en la reconstrucción de Perú, tras la revolución de octubre de 1968⁹.

De modo tal vez inconsciente, hasta cierto punto el proceso comprendió una revaloración del carácter definitivo, o no, de 1821 para la independencia: por ejemplo, un volumen de la vasta *Colección documental* que, publicada bajo los auspicios de los militares, contiene una selección de documentos relacionados con el funcionamiento del gobierno virreinal en Cuzco entre 1822 y 1824¹⁰. Sin embargo, el impulso principal de la Comisión estuvo encaminado en dirección cronológicamente opuesta, exaltándose a Tupac-Amaru como un profeta improbable de la reforma agraria y los programas de nacionalización de empresas extranjeras, promovidos por el Gobierno del presidente Manuel Velasco Alvarado.

Curiosamente, esta tendencia (que revelaba muy poco acerca de la realidad histórica del periodo colonial tardío, y mucho sobre la superficialidad de la erudición seudo-histórica peruana de los años setenta) sobrevivió al giro derechista en la política militar de 1975, en parte debido al vigor con el que otro cuerpo oficial, la Comisión Nacional del Bicentenario de la Rebelión Emancipadora de Tupac-Amaru, organizó las celebraciones por el bicentenario del levantamiento de 1780¹¹.

Durante la década de 1980, el retorno a la presidencia de Fernando Belaúnde Terry y, posteriormente, la elección (y eventualmente, en 2006, la reelección) de Alan García trajeron consigo un renovado interés, por

lo menos a nivel retórico, por devolver el poder político de Lima a la sierra y, específicamente, por la posibilidad de crear una república federal cuya capital fuera Cuzco brindando, así, una razón más para la intensificación del interés por las raíces históricas de la identidad regional.

El ambiente político más conservador de Perú de los años noventa, gobernado por Alberto Fujimori, impuso cierto grado de realismo a los debates sobre las posibilidades de la reestructuración política del país. Los visitantes que llegan a Perú durante esta primera década del siglo XXI se encuentran con símbolos aparentemente contradictorios. El poder real está atrincherado cada vez con mayor fuerza en Lima, pero la (imaginaria) bandera del Tahuantinsuyo flamea libremente sobre Cuzco.

La participación popular en, por lo menos, el nivel superficial de la actividad política es algo irreversible. En este contexto, los medios de comunicación modernos (sobre todo la televisión) logran proyectar una imagen distorsionada tanto del presente como del pasado peruano y, específicamente, durante los preparativos de las celebraciones anuales de las fiestas patrias, de cómo (y cuándo) el país logró su independencia de España. Con estas observaciones en mente, pasemos a un análisis sucinto de los acontecimientos políticos y militares acaecidos en Perú de la década anterior al desembarco del ejército de San Martín en 1820.

EL CONTEXTO HISTÓRICO

El virreinato del Perú fue la unidad administrativa más grande de la América hispana que no experimentó un intento sostenido de tomar el poder por parte de los criollos en 1810-1811, tras la invasión francesa de España en 1808. Sin embargo, uno de los frutos del revisionismo existente desde los años setenta es que ahora se acepta que tras la fachada del fidelísimo peruano posterior a 1808, cuando el virrey José Fernando de Abascal (1806-1816) logró enviar ejércitos comandados por oficiales criollos para sofocar las insurrecciones del Alto Perú, Chile y Ecuador, hubo un considerable descontento local, que dio lugar a rebeliones armadas en el